

Y la de la avaricia:—¡Son pocooooos!...

Y la de la ira:—¡¡¡Os voy a comer las entrañas!!!...

Y la de la gula otra vez:—¡Qué bien; las entrañas!

Cansado el príncipe, gobernador de aquel reino, publicó un bando ofreciendo al dichoso mortal que los liberase de la bárbara bestia como recompensa la piel del dragón que codiciaban todos los zapateros para su industria y, a más de ello, en justo premio, una beca para estudiar en el Conservatorio de Música. El príncipe, por no tener hijas, no podía ofrecerlas en matrimonio al héroe como sucede en otros cuentos.

Conoció el bando un muchacho flautista dedicado por los caminos a domar serpientes. Desde la coqueta vivorilla a la opulenta boa no existía reptil que no bailara al hechizo sonoro del melancólico tañido. Tal su magia que hasta las sogas de los arrieros y su propio cinturón desatándose solo marcaban sobre la tierra al oírlo dulces pasos de polca. Y juró hacer suya la recompensa. Los ojos del dragón se animaron al verlo; lanzaban chispas como encendedores automáticos movidos por dedos nerviosos. Mas el domador, que era sereno—no de oficio,—de serenidad—comenzó a tañer la flauta maravillosa y a poco la bestia ondulaba sus cuellos al compás de las notas. Y eran las siete cabezas movidas en rítmica fila de baile, recuerdo feliz de muchachas de conjunto, un conjunto de alegre opereta.

Muy lógico. La música apaga las malas ideas, y no hizo falta matarlo. Acabó siendo un dragón honrado, tanto que hasta se hizo un seguro de vida a favor de sus coterráneos. El domador de serpientes renunció a la piel hasta que el animalito falleciera. El príncipe le regaló además un buen saxofón. Esta que te regalo, hijo mío, es la célebre flauta de mi cuento. En nosotros también vive un horrible dragón de siete cerebros. Cuando sientas en tí los aullidos de tu dragón, lleva a tus labios el flautín de caña y sopla.

Yo pensé que mi abuelo se habría economizado veinte duros pero, desde entonces todas las mañanas, en la bandeja del desayuno, junto a la taza de café con leche, me pasan a la cama el musical instrumento y, allí sentado dedico media hora a domesticar mi horrible dragón.

LEOCADIO MEJIAS

*

SELECCION

Si los afortunados mortales que pueden distraer unos cientos de pesetas en la adquisición de libros siguieran las discretas orientaciones de los libreros otra cosa sería de su ciencia, de su bolsillo y de su salud. Pero la soberbia científica, lejos de reconocer competencia, nacida de la experiencia, a estos humildes literatos, ve en ellos, solamente, el sagaz comerciante que aspira a enriquecerse a costa de la cultura. Maldice de ellos y su maledicencia raya en locura cuando contempla asombrado en los anunciadores de las librerías el concierto de maridaje literario que pretenden establecer colocando muy unidos «Ideas Estéticas» y «la Novela Rosa» o «La Decadencia de Occidente» y el «Calendario Zaragozano».

Yo no soy de los afortunados mortales que pueden distraer unos cientos de pesetas en la adquisición de libros, pertenezco a los que se solazan aprendiendo títulos en los anunciadores de las librerías, que si no dan ciencia lo parece, y creo que los libreros son verdaderos psicólogos, pero de una psicología científico-económico-terapéutica que los convierte en ángeles custodios de la ciencia, del bolsillo y de la salud de los lectores.

En el maridaje literario que forman los libros en los escaparates es, precisamente, donde yo encuentro el solícito cuidado y el valioso concurso que los libreros prestan a sus clientes. Si yo pudiera distraer unos cientos de pesetas en la adquisición de libros compraría siempre, siempre, el deseado y aquel que forma pareja con él en el escaparate. ¡Cuanto ganaría mi humilde ciencia, mi pobre bolsillo y mi endeble salud!

¡Que alianzas tan perfectas! ¡Que cuidados tan solícitos!

Nada escapa a la fina observación de estos humildes custodios de la cultura; la pureza del lenguaje, las cuestiones sociales, la moralidad, todo, en fin, está resuelto en el admirable consorcio que forman los libros en los anunciadores de las librerías.

Del brazo van «Amor se escribe sin h» y «Ortografía práctica» de Miranda Podadera; junto a los «Intereses Creados» la «Nueva Ley de Arrendamientos»; el «Código Penal» hace carocas a «Un Buen Negocio»; para «Mi Primer Amor» hay unas «Verdades Eternas»; y a «Problemas de la O. N. U.» no han encontrado mejor esposa que «La Bomba Atómica».

Pero donde la fina psicología de los libreros ha calado más honda y acertadamente ha sido en el problema de la correlación psíquico-somática. El *mens sana in corpore sano* es traducido libre, pero exactamente, por estos benefactores de la ciencia con esta gráfica frase: las ideas son hijas del estómago. Esto ha puesto de punta los pocos pelos de los menos lectores y sin embargo nada más cierto que este maridaje perfecto entre el cerebro y el estómago, entre la ciencia y los alimentos.

Será cosa de recordar a estos afortunados lectores que el desgaste intelectual se repone con alimentación sana y abundante, que el estudio hace pesadas las digestiones; que... pero, ¡a qué seguir! si la mejor prueba es el bolsillo interior de la americana de estos señores en el que se encuentran muy juntos y apiñaditos el paquete de bicarbonato y la pastilla de Veramón.

Que extraño es, pues, que en los anunciadores de las librerías veamos muy unidos «La perfecta casada» y «Recetas Culinarias», Los «Mil Modos de Preparar las Patatas» y «La Guerra de las Galias». «Revolución en China» y «Cien Platos de Arroz», y, en fin, «Las Democracias» y «Riñones a la Española».

No cabe duda que el estómago es el baremo del cerebro; el dime lo que comes y te diré como piensas es de una realidad asombrosa: los discursos de los banquetes abundan en ideas heliogábalas, la prosa concisa de nuestros místicos sabe a vigilia, los pensamientos tétricos de los románticos a duelos y quebrantos y la literatura cara y sutil de nuestros días es hija del estraperlo.

Otro tanto sucede con las ideas nacionales; las efervescentes y amargas como la cerveza son alemanas, las acorazadas como el sanwich inglesas, las pastosas como el macarrón italianas, las rusas son avinagradas como la ensaladilla, las francesas espumosas como el champagne, y duras y sustanciosas como los garbanzos de antaño las españolas.

Cuando la humanidad se percate de esta correlación cerebro-estomáquica el problema de la selección quedará resuelto de plano. Padres, alumnos y profesores cesarán en su martirio de exámenes. A un mayo de sobresaltos, vigili-
as y ayunos sucederá un mayo de festines y reposo; la fría y tétrica aula será sustituida por el temperado gabinete quirúrgico, el grave tribunal por el amable doctor, el importuno bedel por la discreta y graciosa enfermera, los esféroides de la suerte por la sonda que al cosquillear nuestro esófago nos convertirá en perfectos protagonistas de «El Idiota» y, en fin, el ojo agudo y perspicaz del no menos agudo y perspicaz profesor por la lente biconvexa o la placa de los Rayos X.

¡Que garantía más sublime! Los alumnos con auxilio del microscopio podrán apreciar en su mismo jugo gástrico la labor cultural realizada en el septenio de estudios. No habrá sorpresas, ni manías persecutorias en las calificaciones. ¡Hiperclorhidria! gritará con júbilo la graciosa enfermera, y repetirá el coro de amigos del examinado; ¡sobresaliente! ¡sobresaliente!

Otras veces se observará algo raro en las peptonas y la radiografía aparecerá con manchas oscuras. El alumno no sabrá leer su diagnóstico, pero el doctor siempre amable y ocultándole su gravedad le explicará: No es nada; la pepsina no ha podido transformar el cálculo infinitesimal; se observa una acidez de idiomas: Reposo, sobrealimentación y... ¡volver en Septiembre!

URBANO SÁNCHEZ YUSTA.

DIVINA POTESTAD

Poesía galardonada con primera mención honorífica
en los Juegos Florales del Voto Asuncionista de Cáceres

Igual que la aurora nacida,
limpia caricia de luz, olor y brisa;
como una sonrisa;
tal como la gota prendida
al pétalo tierno de una flor sencilla;
igual que esa estrella que brilla
al caer la tarde, Dios sabe de donde salida;
así como cuenta
un cuento infantil,
que hacían las hadas con la Cenicienta;
como agua cernida de Abril.
Su carne, amasada
de azahares de luna en tajada.
Miel de almendro clara
cuidada con mimo exquisito...
Así labró Dios su senara,
y así fué posible su fruto bendito.

— — —

Al quedar dormida
rendida del dolor de tanta ausencia,
celestial transparencia
con bálsamo de amor sana su herida.
Hay a mirra escogida un suave olor
y a cinamomo y cipro blando aroma;
se baña una paloma
en la apacible luz de un blanco albor.
Se presiente el sabor
a támara de dátiles madura
y, aunque es lo mismo pura,
parece su pureza ser mayor.
Se enciende el aire en delicioso ruido
y legiones aladas
camino de la altura
la llevan y la sirven, en bandadas
blancas, rubias, azules, coloradas...
iris de paz, y honor de su figura.
Y una inefable voz, llama y porfia:
¡ven pronto! ¡ven esposa! ¡ven María!